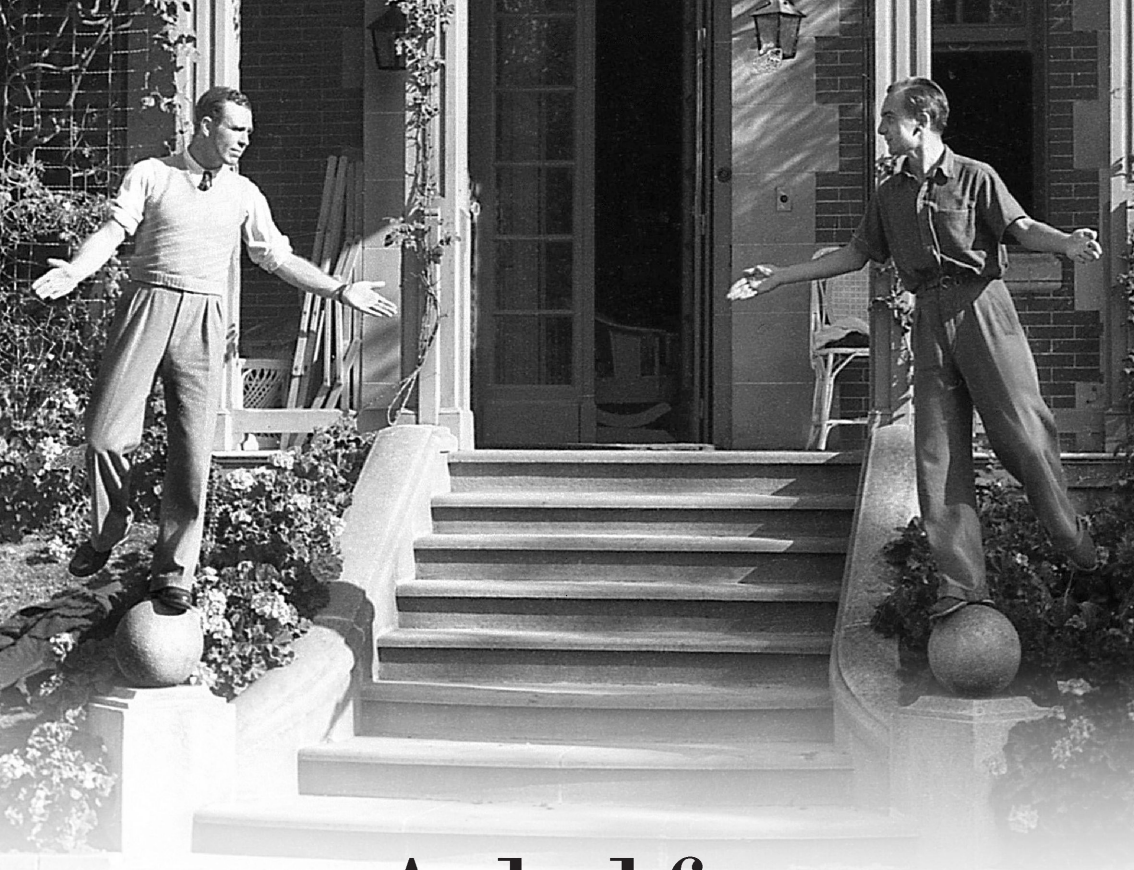




Adolfo
Bioy Casares
Wilcock

EDICIÓN AL CUIDADO DE DANIEL MARTINO

emecé

Adolfo Bioy Casares

Wilcock

Edición al cuidado de Daniel Martino



PREFACIO

Aunque Adolfo Bioy Casares nunca escribió un texto orgánico sobre J. Rodolfo Wilcock, en sus papeles privados, en especial en las pequeñas agendas de anotaciones cotidianas que usaba como complemento y aun sustituto de sus Diarios, hay indicios de que tal proyecto pudo estar entre sus planes de edición. Por un lado, en el conjunto de esos papeles, Wilcock es, fuera de Borges, el autor cuyas opiniones han sido registradas con mayor atención y detalle. Por otro, en 1978, poco después de la muerte del escritor en Roma, Bioy empezó a dictar a su secretaria algunas *reminiscencias* sobre Wilcock; es razonable suponer que esas páginas destinadas a la publicación, hoy perdidas, evocarían buena parte de los testimonios que aquí se reúnen: fragmentos extricados de sus Diarios personales, de sus agendas, de su correspondencia, de su obra éditada y aun de sus declaraciones en entrevistas y cuestionarios.

Como Bioy no llevó Diarios antes de 1947, es difícil determinar con exactitud cuándo conoció a Wilcock. Debió ser a mediados de 1940: a principios de ese año, por *Libro de poemas y canciones*, Wilcock recibió el Premio Martín Fierro de un jurado que integraba, entre otros, Jorge Luis Borges; poco después, dos de sus poemas fueron incluidos en la *Antología poética argentina* que Bioy compiló junto a Borges y Silvina Ocampo. Dado que en la carta enviada a Borges en septiembre de 1941 Bioy lo presenta como protegido de Silvina, ella ha de haber sido quien introdujo a Wilcock en las famosas «reuniones de los miércoles»

y, desde principios de los años 40, quien lo invitó a pasar como huésped vastas temporadas estivales en Mar del Plata, de las que sólo dan cuenta algunas menciones epistolares y unas pocas imágenes conservadas en el archivo fotográfico de Bioy.

Este primer Wilcock neorromántico, «Shelley argentino» soberbio y triunfante, inspiró inevitablemente un profundo rechazo en Bioy, que lo tomaría como modelo para el protagonista del cuento «El perjurio de la nieve», escrito entre 1942 y 1943. En el relato, publicado en enero de 1944, el caprichoso poeta Oribe, usurpador de autorías y de acciones ajenas, es la imagen del joven Wilcock, cuyos rasgos ostensiblemente parodia. Del mismo modo, en sus primeras apariciones en los Diarios, Wilcock es descrito como un *caso*, cuyas observaciones y *bon mots* conviene apuntar ante todo por su carácter extravagante. Una presencia lúcida pero impertinente, con la que Bioy entabla un juego de admiración y rechazo: «Es muy inteligente y muy capaz —dice—, pero la vanidad lo desequilibra a veces». Con el tiempo y la frecuentación, la índole de las anotaciones irá cambiando y, ya en las últimas, Bioy registra esas opiniones no tanto por su excentricidad como por el deseo de dejar testimonio de aquella inteligencia de la que el amigo lo persuadía «en todas nuestras conversaciones».

Porque los Diarios sólo mencionan a Wilcock recién desde mediados de 1949, nada conservan del fugaz ejercicio en Mendoza de su profesión de ingeniero entre 1943 y 1944, ni de la recepción de sus primeros cinco libros de poemas, todos de inspiración neorromántica. En cambio, las menciones son abundantes en 1956, a propósito de los avatares de *Sexto*, presentado en vano al Premio de la Cámara del Libro, y de la publicación, junto a Silvina Ocampo, de *Los traidores*, pieza escrita en 1946 y revisada largamente, incluso por el propio Bioy.

Después de la abrupta partida de Wilcock a Italia en 1957, que los Diarios evocan pero no aclaran, su presencia en ellos se

vuelve escasa y lateral, con la notable excepción de las páginas que Bioy le dedica durante sus estancias romanas de 1967 y 1970. El Wilcock que describe entonces es el escritor *diventato italiano*, que desde 1958 participa plenamente de la vida cultural romana; colaborador de revistas y periódicos; respetado y temido por la *intelligentsia* local; amigo, entre otros, de Ignazio Silone, Alberto Moravia, Elsa Morante y Pier Paolo Pasolini; vinculado con las importantes editoriales Bompiani, Einaudi y Adelphi, tanto por sus propias obras como por sus notables traducciones.

Esos registros, que documentan largos diálogos, no descuidan, según es típico en Bioy, la minuciosa descripción de las excentricidades que completan al *personaje*: un escritor solitario que alterna con cultivada *sprezzatura* la residencia entre su ruिनosa morada romana y su decaída casa de campo de Velletri, que pasa sus días en soledad, escribiendo, traduciendo, y sobre todo releendo «a su venerado Wittgenstein». Éstas serán las últimas imágenes de Wilcock que los Diarios nos transmitan de primera mano. En adelante, los testimonios provendrán del *carteggio*, ocupado primordialmente de cuestiones editoriales y, ocasionalmente, de evocaciones y recuerdos.

Quizá porque el silencio suele confundirse con el olvido, acaso sorprenda el modo en que la noticia de la muerte de Wilcock afecta a Bioy. Cuando ocurre, en marzo de 1978, Bioy ya había abandonado los Diarios de entradas cotidianas, pero su pequeña agenda recoge, con la epigramática energía de la brevedad, el momento en que Silvina le comunica esa muerte: Bioy, públicamente, se retira a llorarla. Como nadie, entiende lo que representa esa pérdida: ha muerto el amigo y el interlocutor, ya no el personaje.

Si bien la independencia intelectual y estética de Wilcock, así como la complejidad de su obra, harían que finalmente alcanzara un lugar central en el canon latinoamericano y euro-

PREFACIO

peo, en los años inmediatos a su muerte su prestigio literario pareció destinado a pagar por aquellas intransigencias. Consciente de esas sombras que amenazaban con ser definitivas, en la carta que escribe a la poeta María Wernicke en 1978, apenas muerto el amigo, Bioy expresa el temor de no ser capaz de reflejar cabalmente la inteligencia de Wilcock, pero también el vivo deseo de mostrarla.

Tal vez el anhelo no fue vano y este libro, que aspira a satisfacerlo, permita afirmar que la voluntad del diarista fue escuchada.

DANIEL MARTINO

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

A lo largo de esta obra, la correspondencia preservada en los archivos personales de Adolfo Bioy Casares ha sido citada para iluminar y enriquecer su testimonio sobre J. R. Wilcock. Indispensable para reconstruir los años en los que Bioy todavía no llevaba Diarios, también lo es para completar, entre otras, las anotaciones de sus viajes. Esta alternancia de fuentes, a la que se añaden ocasionales testimonios recogidos en entrevistas a Bioy, es constante en el libro.

En el caso de los Diarios, cuando la entrada haya sido recogida en *Borges* (2006), aparece siempre según esa versión; esto se indicará anteponiendo *B* a la fecha del registro. Cuando el texto provenga de las pequeñas agendas o libretas de Bioy, se antepondrá *L*. Respecto de las cartas, Bioy es siempre el remitente o el destinatario, según corresponda.

Salvo indicación en contrario asúmase Buenos Aires como lugar de redacción o publicación de todo texto citado.

Por regla general, en las notas al pie o en el índice analítico se hallarán exclusivamente las *trabadas fechas fatales* de los correspondientes y de aquellos contemporáneos mencionados, argentinos o italianos, de los círculos frecuentados por Bioy o por Wilcock. Las notas querrían ser tan informativas como fuera posible sin perturbar ociosamente la lectura de los documentos: en cuanto a esta pertinencia, vayan como disculpa las palabras del doctor Johnson, que alguna vez observó que «*it is impossible for an expositor not to write too little for some, and too much for others*».

Agradezco a Stefano Bacchi la gentileza de autorizar la reproducción de las cartas de Wilcock enviadas a Bioy; a Ernesto Montequin, acaso el máximo conocedor de la vida y la obra de Wilcock, la inagotable paciencia con que escuchó mis consultas y la generosa erudición con que respondió a cada una de ellas.

D. M.

1941

A.J. L. Borges¹

Villa Allende [Córdoba], **16 de septiembre**

La antología² era onerosa: no sólo para esos tímidos gigantes comerciales: para nuestras conciencias, para nuestras bibliotecas, para la contingente posteridad. Desapruebo, sin embargo, tu ascetismo: sangras por tu Binetti, tu Margarita Raffo, tu viejo Camino, tu Keller, tu alta mujer dolorosa,³ en tanto que mis protegidos, Vega y Fingerit, y los de Silvina, César Fernández Moreno y Wilcock,⁴ perduran incólumes y atroces. Me pregunto (superfluamente, sin objeto) si no hubiera convenido dejar los seis poemas a los poetas de seis poemas; sacar uno, tal vez dos, a muchos poetas de tres y (oh vergüenza) no excluir a nadie. Pero no debemos entristecernos: toda amputación mejorará la antología.

ADOLFO

1. Para un testimonio de JLB sobre JRW, cf. Apéndice II.

2. JLB, SO y ABC, *Antología poética argentina* [Sudamericana («Laberinto»), 1941].

3. María de Villarino (1905-94). Carlos Mastronardi alude a ella como «la alta mujer dolorosa» en «Últimas tardes» [*Conocimiento de la noche* (1937)], poema incluido en la *Antología*.

4. De JRW se incluyen los poemas: «Primera canción» y «En el Tigre».

1942

De J. R. Wilcock

Centro de Estudiantes de Ingeniería
Perú 222, Buenos Aires, [c. 1942]

Querido Adolfito:

Aquí te mando «Coming thro the rye».¹ También hice enviar el libro de Hernández para Silvina. No te podés imaginar el calor y el estudio que hace, lo mal que ambos me han caído, lo agradable que sería estar con ustedes de nuevo. Si por 10 de mis amigos me dieran 200 \$, a 20 cada uno que es un precio moderado, los vendería e iría a visitarte de nuevo.

Ese invento de tu mamá² que me hicieron beber me arruinó el viaje porque no me sentía bien; de todos modos fue una atención.

Muchos saludos a Silvina, a tu madre.

JOHNNY WILCOCK

1. El poema (1782) de Robert Burns. JRW tradujo tres poemas de Burns para *Poetas líricos ingleses* [Jackson («Clásicos Jackson»), 1949].

2. Marta Casares (1888-1952), esposa de Adolfo Bioy *père* (1882-1962).

1943

AJ. L. Borges

Mar del Plata, **23 de enero**

Te mando nuestra veloz traducción del cuento de Ellery Queen.¹ Para ayudarte a corregirla, añado este catálogo de mis dudas y de sus imperfecciones (muy incompleto; el más distraído lector notaría que no incluyo la traducción).

Título. Ya hablamos por teléfono sobre este punto. Pero el nombre de la estampilla —la negra de un penique, la Reina Victoria negra de un penique o, según la autoridad de Wilcock, «la de un penique negra»— aparece en casi todas las páginas. [...]

Título del libro: ¿no convendrá algo craso y comercial, por el lado de *Los mejores cuentos policiales*, etc.?

ADOLFO

A Manuel Peyrou²

Mar del Plata, **25 de enero**

Te esperamos el 29. Tal vez conviniera que me dijese en qué tren o en qué ómnibus vas a llegar, para ir a buscarte (en caso de venir en tren, bajate en la estación nueva).

1. La traducción, que realizaba junto a SO, de «The Adventure of the One-Penny Black» (1933) [*The Adventures of Ellery Queen* (1934)], incluida en *Los mejores cuentos policiales* (1943) como «Filatelia».

2. Escritor y periodista (1902-74). Conoció a ABC a través de JLB hacia 1936 y, desde 1940, comió regularmente en casa de los Bioy Casares, generalmente

Si llegas a encontrar el cuento de Post, dáselo a Borges, para que lo incluya en la antología. Con Silvina hemos traducido un muy lánguido cuento de Ellery Queen.

A Wilcock lo vemos incesantemente.

ADOLFO

AJ. L. Borges

Mar del Plata, 14 de febrero

En *La Nación* y en *La Prensa* de hoy he leído benévolas críticas de Bustos Domecq¹ (imagino que ya habrás visto las de *Crítica* y de *La Gaceta*, de Tucumán, igualmente benévolas). En todas parece haber colaborado Montenegro.² [...] Indudablemente, les ha gustado a: mis padres, Drago,³ el padre de Drago, Margaritín Abella Caprile,⁴ Wilcock.

ADOLFO

los sábados. En 1947 ingresó en la redacción de *La Prensa*; cuando éste fue confiscado por el peronismo (1951) renunció; tras la caída de Perón, volvió al diario y trabajó en él hasta su muerte.

1. *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942).

2. Gervasio Montenegro, personaje de *Seis problemas*.

3. Enrique L. Drago Mitre (1914-2008), amigo de infancia de ABC. Era hijo de Luis Augusto Drago Mitre (1881-1973).

4. Poeta (1901-60). Dirigió (1955-60) el suplemento literario de *La Nación*.

1944

De J. R. Wilcock

Piedras de Afilar, Mendoza, **2 de abril**

Querido Adolfo:

He leído tres veces tu libro¹ con mucha atención. La primera para entretenerme, las otras dos para ver cómo estaba escrito. Pero ésta es una carta: es decir, que si no emito un juicio sobre él, parece que no me hubiera gustado; si lo elogio, puede recordar aquello de que por carta al autor elogiamos todas sus obras; un elogio que estuviera en equilibrio con una crítica se me desequilibraría por el camino; son inverosímiles las cosas que suceden dentro de las cartas.

Todo eso complicado con el horror de saber que en verdad no me has pedido ninguna opinión; podría seguir hundiéndome en las confusiones más incómodas sin conseguir hacerte saber el afecto que tengo por tu obra, cómo la observo minuciosamente línea por línea.

Durante este invierno, en Buenos Aires, trataré de aclararte este misterio inexistente de mis opiniones, por medio de algunos gestos, algunas frases como siempre mal terminadas. Sé cómo allá es difícil hablarte.

Realmente esta carta era para decirte que si aún querías que aprendiéramos alemán juntos, dentro de unos meses lo

1. *El perjurio de la nieve* [Emecé («Cuadernos de la Quimera»), 1944]. Cf. Apéndice I.

podemos; te lo digo con la humildad que nos infiere el haber dilatado un propósito ajeno durante un año.

Tengo una necesidad urgente de hablar contigo para tener el placer incomparable de sentirme en ese mundo de las personas normales (los que no son monstruos, para usar tu palabra)¹ que tú y Silvina y unas cuantas personas más me representan. Entre esta gente de aquí estoy como un peludo en una calle asfaltada.

Un gran saludo,

JOHNNY WILCOCK

Perdóname este espantoso final, este saludo; recién me doy cuenta de que el poder asimilador de la rima lo convierte en «un gran peludo»; esta rima cruel evoca unas palabras peores, parecidas.

1. «Sentí que Oribe era un monstruo, o que, por lo menos, éramos dos monstruos de escuelas diferentes», dice el narrador Villafañe en «El perjurio de la nieve».